

LA IMPORTANCIA DEL DIALOGO

Me platicaban unos amigos que se había descompuesto su aparato de televisor. ¡Imagínense lo que eso significa en una casa donde hay niños pequeños! Pero lo significativo es que no querían mandarlo a reparar, debido a que desde eso había ocurrido, por la noche todas las personas de la casa, después de la cena, platicaban mucho de sus actividades durante el día, de sus trabajos, de sus estudios, proyectos con los hijos, de la forma de educarlos, etc. Es decir, que desde entonces viven realmente una vida de unión espiritual que los lleva necesariamente a conocerse más íntimamente, a amarse no sólo con el amor de epidermis sino con ese amor que nace del conocimiento del alma humana; ahora son más felices, pues se ayudan unos a otros a vivir mejor.

Me llamó poderosamente la atención porque en verdad el mal de nuestro mundo actual es precisamente la falta del diálogo en las familias en estos tiempos; vivimos bajo un mismo techo pero no convivimos, no sabemos nada de lo que acontece en el alma de nuestros hermanos, de nuestros padres, de nuestros hijos y de otros miembros de la familia.

Por la falta del diálogo se abren abismos entre las almas, entre los miembros de la familia, entre alumno y maestro o médico y pacientes, entre vecinos; peligroso cuando esto ocurre entre los esposos, y con los años resulta imposible hacerlos accesibles.

A medida que nos acostumbramos a dialogar unos con otros, sin reservas ni hipocresía, nuestro amor aumenta notablemente porque les conocemos sus sufrimientos y sabemos en qué momento y cómo ayudarles a remediarlos, aumenta nuestra solidaridad; también conocemos de sus gustos, sus aficiones y sabemos disfruta con ellos de sus triunfos y compartir sus alegrías.

Existen muchos seres que trabajan maquinalmente, llegan a sus casas y se sientan frente al televisor, que si bien es una buena expansión del espíritu, en exceso, embota, como todo, porque nos resta capacidad de proyectarnos a otros ambientes, en otras dimensiones. Esto, obviamente nos resta tiempo para el necesario intercambio con cada uno de los miembros de nuestra familia.

Otras personas de vida rutinaria, duermen, comen y trabajan como autómatas, no se interesan por las gentes ni por “sus” gentes, y se pierden la posibilidad de disfrutar de una vida digna de ser vivida a plenitud.

Si entablamos diálogo nos daremos cuenta de que cada persona es un tesoro inagotable de amor, experiencia, inteligencia y amor. ¡Cuánto no aprendemos de otros y otros aprenden de nosotros cuando dialogamos abiertamente y con sinceridad. Sólo hablando con sinceridad, inteligencia y profundamente podremos saber quién es, cómo es, qué piensa y que necesita aquel o aquella con quien dialogamos.

Para esto nos ha sido dada la palabra, que es un puente que une las almas. Sin embargo, muy frecuentemente le damos un uso negativo, utilizándola para criticar y dejamos en renglón aparte lo más importante para lo cual ha sido dada: para dialogar, para conocer a los nuestros y amarlos más profundamente.

Por supuesto, para que el diálogo entre en su hogar, en los miembros de la familia, en el círculo de amigos, vecinos o compañeros de trabajo no es necesario que se rompan los televisores; sólo con la buena intención de dedicar parte de nuestro tiempo a él y hacerlo con sinceridad es suficiente.

Que la televisión nos de ratos de sano esparcimiento, pero que no nos quite el regalo maravilloso del diálogo.

Colaboración de
María Eugenia Madrigal Uribe
Saltillo, Coahuila, México